

Dom

22 Feb

Homilía de Domingo séptimo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Mirad que realizo algo nuevo. Ya está brotando, ¿no lo notáis?”

Introducción

Con el capítulo segundo, el evangelio de Marcos cambia de escenario y de estrategia descriptiva. La presencia de Jesús, que sigue causando admiración en algunos por el poder de sus acciones y por la fuerza de su palabra, comienza a encontrar resistencia en los sectores dominantes y en los dirigentes de la sociedad judía.

Se inicia así una confrontación entre la Palabra, que se ofrece como luz y salvación, y la ambigüedad de los signos que la patentizan, diversa y opuestamente interpretados. Frente a esta ambigüedad, una afirmación sin fisuras de las dos primeras lecturas de este domingo: la promesa de salvación, que parte de la entraña amorosa de Dios mismo, sigue ofreciéndose en todo momento.

Ni más ni menos que en tiempos de Jesús y de Pablo, el creyente y la Iglesia entera tiene ante sí el mismo desafío: mantener la promesa de Dios, que se ofrece –o debemos ofrecer- con nuestra palabra, en nuestras celebraciones, en nuestras vidas.



Fray Bernardo Fueyo Suárez
Convento de San Esteban - Salamanca

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 43, 18-19. 21-22. 24b-25

Así dice el Señor: «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino por el desierto, ríos en el yermo, para apagar la sed del pueblo que yo formé, para que proclamara mi alabanza. Pero tú no me invocabas, Jacob, ni te esforzabas por mí, Israel; me avasallabas con tus pecados y me cansabas con tus culpas. Yo, yo era quien por mi cuenta borraba tus crímenes y no me acordaba de tus pecados.»

Salmo

Salmo 40, 2-3. 4-5. 13-14 R. Sáname, Señor, porque he pecado contra ti.

Dichoso el que cuida del pobre y desvalido; en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor. El Señor lo guarda y lo conserva en vida, para que sea dichoso en la tierra, y no lo entrega a la saña de sus enemigos. R. El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor, calmará los dolores de su enfermedad. Yo dije: «Señor, ten misericordia, sáname, porque he pecado contra ti.» R. A mí, en cambio, me conservas la salud, me mantienes siempre en tu presencia. Bendito el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre. Amén. Amén. R.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 18-22

Hermanos: ¡Dios me es testigo! La palabra que os dirigimos no fue primero «sí» y luego «no». Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el que Silvano, Timoteo y yo os hemos anunciado, no fue primero «sí» y luego «no»; en él todo se ha convertido en un «sí»; en él todas las promesas han recibido un «sí». Y por él podemos responder: «Amén» a Dios, para gloria suya. Dios es quien nos confirma en Cristo a nosotros junto con vosotros. Él nos ha ungido, él nos ha sellado, y ha puesto en nuestros corazones, como prenda suya, el Espíritu.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 2, 1-12

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Él les proponía la palabra. Llegaron cuatro llevando un paralítico y, como no podían meterlo, por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: – «Hijo, tus pecados quedan perdonados.» Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: – «¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, fuera de Dios?» Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo: – «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico "tus pecados quedan perdonados" o decirle levántate, coge la camilla y echa a andar"? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados ... » Entonces le dijo al paralítico:

– «Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa.» Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: – «Nunca hemos visto una cosa igual.»

Pautas para la homilía

Mi reflexión irá pasando, sucesivamente, por cada una de las lecturas de hoy, sin otra intención que dejar que resuene su eco, al menos en parte, para terminar sin concluir en algunas preguntas cercanas a nuestra vida.

La promesa que viene de Dios

El horizonte del autor de la primera lectura no rebasaba, probablemente, los límites cronológicos de la caída del imperio de Babilonia. La acción de Ciro se interpreta aquí en clave teológica, como un momento más de la liberación histórica del pueblo de Israel por intervención divina. A los desterrados, que conocían el relato del desierto, el profeta dirige una palabra de esperanza, animándolos a seguir confiando: abriré de nuevo un camino por el desierto, no penséis sólo en el pasado.

Y esta promesa de liberación inminente no responde a ningún merecimiento por parte del pueblo, que se ha olvidado hasta de invocar al Señor y se ha dejado seducir por el panteón de Babilonia; ni siquiera ha sido capaz de mantener la fidelidad a los ritos externos y a los sacrificios que podían recordarle su alianza con él. No es tu vida la que se ha hecho acreedora a la salvación, dice el Señor: te salvaré por mi amor, borrando tus culpas y no acordándome de tus pecados.

¡Dios me es testigo!

Algo muy importante debía estar en juego, para que el apóstol se atreviera a poner a Dios por testigo, y no le bastara –como indicaba el libro del Deuteronomio– la palabra de dos o tres hombres para resolver con su testimonio el litigio entre dos partes. Lo de menos es aquí que los corintios pusieran en duda la validez de los motivos por los que Pablo aplazó en viaje de Éfeso a Corinto. Lo grave en este caso es que, con tal pretexto, se ponga en entredicho la firmeza de la palabra evangélica y se desnaturalice su sentido.

Como los profetas, el apóstol puede dirigirse a sus oyentes con autoridad. Como ellos, tiene conciencia de haber recibido una palabra y de estar asistido por Dios para anunciar una iniciativa divina que se cumple en el mundo y en la historia de los hombres. El “sí” de Dios en Jesucristo no admite componendas, no es adaptable sin más a cualquier situación para evitar las molestias derivadas de su misma proclamación. Testigo de ello, Pablo invoca el aval divino, cuya iniciativa nos permite a los creyentes responder “Amén”: “Dios es quien nos confirma en Cristo a nosotros junto con vosotros. Él... ha puesto en nuestros corazones, como prenda suya, el Espíritu”.

El sí en Jesucristo

El texto del evangelio inicia una serie de episodios de la predicación de Jesús que, en la composición literaria de Marcos, presentan un escenario contradictorio. Por una parte, la admiración de muchos ante sus acciones poderosas y la novedad de su palabra: “se quedaron atónitos y daban gloria a Dios diciendo: nunca hemos visto una cosa igual”. De otra, se enfrenta a la incompreensión y a la oposición de los jefes espirituales del pueblo: “¿Cómo se atreve a hablar así?”. Al final de estos relatos, el evangelista resume la reacción de los dirigentes judíos: “En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarlo”.

Dejando ahora al margen la dramatización literaria, que el evangelista ha impreso a esta parte de su relato, una lectura directa nos orienta en la misma dirección de los dos textos anteriores. Jesús propone la Palabra y, enfrentado a una circunstancia concreta como fue la presencia de un paralítico, despliega el sentido y el valor de esa Palabra: ofrece ante todo la reconciliación con Dios que él mismo encarna y al mismo tiempo hace ver que, al ofrecer el perdón de los pecados en la cercanía del reino de Dios, esta gracia es capaz también de sanar de otros males.

La ambigüedad de los signos de Dios

La lectura anterior no es un ejercicio de interpretación bíblica, sino una lectura intencionada, por más que haya pretendido ser respetuosa con los textos. Leemos y proclamamos la Escritura porque seguimos creyendo que el “Sí” de Dios en Jesucristo llega a nuestro tiempo y a nuestras vidas. Por eso siguen siendo fuente de inspiración y referencia necesaria. Desde esta convicción común de la Iglesia podemos aún seguir recordando las palabras de siempre y preguntándonos en qué medida nutren nuestra vida y somos capaces de ofrecerlas a otros.

Tratemos de tener algo de la confianza de Pablo. En Cristo Jesús, Hijo de Dios, no hubo primero un “sí” y luego un “no”; en él todas las promesas recibieron un “sí” y por él podemos seguir respondiendo: “Amén”. No estoy nada seguro de que la cultura que nos rodea vaya en esa dirección, cada vez más alejada de una palabra creadora, que recuerda al hombre su origen y de su destino. Sobre este horizonte de esperanzas disminuidas, el discípulo de Jesús ha de dejar caer a lo largo del camino, en su centro o en las orillas, una palabra de sentido.



Fray Bernardo Fueyo Suárez
Convento de San Esteban - Salamanca

Evangelio para niños

VII Domingo del tiempo ordinario - 22 de febrero de 2009



Curación del paralítico

Marcos 2, 1-12

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos, que no quedaba sitio ni a la puerta. El les proponía la Palabra. Llegaron cuatro llevando un paralítico, y como no podían meterlo por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: - Hijo, tus pecados quedan perdonados. Unos letrados, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: ¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados fuera de Dios? Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo: - ¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico "tus pecados quedan perdonados", o decirle "levántate, coge la camilla y echa andar"? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados, entonces le dijo al paralítico: - Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa. Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios diciendo: - Nunca hemos visto una cosa igual

Explicación

Hay veces que dejamos de lado a los enfermos y nos despreocupamos de ellos. Pero en otras ocasiones los que viven con ellos les cuidan mucho y les atienden muy bien. Hoy en el evangelio aparece un enfermo paralítico, llevado por sus amigos y familiares a Jesús, para que le cure. Y Jesús, nuestro amigo, que quiere sacarnos de todo mal, le curó y además le perdonó de su egoísmo, porque no sólo nos hace paralíticos la enfermedad sino también el egoísmo, que nos paraliza para hacer el bien.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: El domingo pasado os contaba la historia de cómo Jesús curó a un hombre de su lepra. Hoy os voy a contar otra curación: la de un paralítico que no podía moverse. Sucedió en Cafarnaún. Acudían tantos a ver a Jesús, que no quedaba sitio ni a la puerta.

NIÑO 1: ¿Y cómo llegó el paralítico hasta Jesús si no podía moverse?

NARRADOR: Cuatro amigos le descolgaron en una camilla, rompiendo el tejado de la casa donde estaba Jesús.

NIÑO 2: Sus amigos lo querían mucho ¿verdad?

NARRADOR: Desde luego, y confiaban en Jesús. Veréis lo que pasó. Escuchad a Jesús y a unos escribas que estaban allí sentados observando:

JESÚS: Hijo, tus pecados te son perdonados.

NARRADOR: Unos letrados que escuchaban a Jesús dijeron:

LETRADO1: ¿Qué forma de hablar es esa? ¡Está blasfemando!

LETRADO2: ¡Sólo Dios puede perdonar los pecados!

NARRADOR: Jesús adivinando el pensamiento de estos letrados les dice:

JESÚS: Y vosotros, letrados, ¿Por qué pensáis eso?

LETRADO1: ¿Qué? ¿Cómo sabes lo que estamos pensando?

NARRADOR: Jesús les dice:

JESÚS: ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico "tus pecados te quedan perdonados" o decirle "levántate, toma tu camilla y echa a andar"?

LETRADO2: ¿Qué quieres decir?

JESÚS: Quiero que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder para perdonar los pecados.

NARRADOR: Entonces le dijo al paralítico:

JESÚS: Yo te lo mando: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

NARRADOR: El paralítico se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió caminando a la vista de todos.

NIÑO 1: ¡Nunca hemos visto una cosa igual!

NIÑO 2: ¡Es un profeta, un hombre santo! ¡Puede hacer milagros, quizá sea el Mesías!

NARRADOR: Todo el mundo daba gracias a Dios por haberlo enviado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández